

***Sobre Julio Cortázar de la A a la Z. Un álbum biográfico*, Aurora Bernárdez y Carles Álvarez Garriga editores. Buenos Aires: Alfaguara, 2014.**

Uno podría empezar diciendo que se trata de un libro de fotos, imágenes y fragmentos de la obra de Julio Cortázar en el que su figura pública queda ratificada tal cual la conocemos, pero quien alcance a abrirlo no tardará en descubrir que esa descripción no le hace justicia. Otra opción sería la de intentar una definición del objeto como las que proponen los responsables del volumen cuando lo llaman “diccionario biográfico ilustrado” o, más extensivamente, “fotobiografía autocomentada, con retratos de todas las épocas y de las primeras ediciones de todos sus libros”, o bien, casi técnicamente, “antología de textos acompañada de objetos y cuadros que fueron suyos, con reproducciones de manuscritos, y manuscritos originales y algunos inéditos”. En ese caso no estaríamos lejos de incurrir en redundancias impropias, teñidas, además, de una fe desmedida en la función comunicativa del lenguaje. A la busca de mayor precisión, siempre cabe la posibilidad de recurrir a la categoría que el propio Cortázar usaba en estos casos, hablar de “libro almanaque” y aludir en su defensa al espíritu “anticonvencional y antisolemne” que sus editores aseguran haber perseguido al momento de pergeñar el libro. Ocurre, entonces, que a esta altura el “libro almanaque” está naturalizado y que lo “anticonvencional” de su espíritu, en este caso, está menos en su concepción estructural que en la confesa devoción con la que Álvarez Garriga justifica el proyecto en una frase que, al enmarcarlo en un aniversario y al institucionalizar a sus lectores, lo solemniza: “Con motivo del centenario de su nacimiento, la Internacional Cronopia reclamaba ya con demasiada insistencia una nueva aproximación al escritor y al hombre”. No basta, tampoco, con intentar establecer si las imágenes ilustran los textos, si son los textos los que ilustran las imágenes, o si el sentido sólo irrumpe cuando se logra comprender lo recíproco, complementario e inescindible del vínculo entre unos y otras. Lo cierto es que nada de todo eso alcanza para transferir lo que *Julio Cortázar de la A a la Z* puede llegar a significar para los iniciados.

El libro está organizado bajo la premisa de continuar el ánimo lúdico de Cortázar. El abecedario marca el orden de una sucesión en la que a cada letra le corresponde un número variable de entradas que enlazan directamente con su obra y con su vida. En la “A”, por ejemplo, entre las veintiséis opciones elegidas,

Alejandra, Arlt, Aurora (Bernárdez) y “Axolotl” se convierten en buenas razones para mostrar una fotografía legible de una carta enviada a Pizarnik, un fragmento en el que Cortázar recuerda haber caminado por Buenos Aires tras los pasos del Rufián Melancólico o del mismísimo Erdosain, un selecto recorrido epistolar que atestigua la naturaleza de la relación con esa primera esposa que acabaría por convertirse en su albacea y las correcciones manuscritas realizadas sobre la primera edición del penúltimo cuento de *Final del juego*. En la “C”, la Casa argentina en París, la Casa de las Américas y “Casa tomada” marcan un juego polisémico del que Cortázar hubiera participado gustoso. La “lectura” del libro, entonces, como dice Álvarez Garriga, puede regirse por el orden alfabético o por el mecanismo aleatorio de abrirlo al “azar” (otra de las entradas de la letra “A”) o por la curiosidad de saber si en tal o cual letra aparecerá aquello que creemos que no puede faltar en un diccionario estético-biográfico cortazariano. Con la apoyatura fundamental de la obra epistolar, un dosificado aporte de breves hallazgos inéditos, un criterio por demás adecuado en la selección de fragmentos de las obras y un archivo de imágenes que excede generosamente el repertorio habitual—he aquí uno de los corolarios más auspiciosos de la confesa devoción (y del lugar de Aurora Bernárdez en la vida del escritor) que mencionábamos más arriba—, las elecciones de los editores se vuelcan a un itinerario que parece dictado por el propio Cortázar y no defraudan. El diseño de Sergio Kern, por su parte, añade un valor estético al volumen que hace difícil decidir si preferimos colocarlo en la biblioteca junto a la obra de Cortázar o si le debemos un lugar junto a los objetos de lujo.

Como decíamos al comienzo, este “álbum biográfico” no modifica la figura de Cortázar. A caballo entre una ternura conceptual capaz de crear un mundo autónomo y un público compromiso civil propio de las demandas de una época signada por cierto protagonismo de los intelectuales en los grandes discursos sociales, Cortázar reaparece aquí como uno de los últimos exponentes de un modelo de escritor del siglo pasado que hoy resultaría imposible. A cambio, para refrendar esa imagen que ya conocemos, el libro se aboca a la exhibición exhaustiva de los elementos que la componen. En esta paradójica panorámica del detalle, los editores intentan pasar desapercibidos en pos de remarcar la relación de contigüidad entre el proyecto estético de Cortázar y la espesura que el autor reconoce en lo cotidiano, articulación que hace manifiesto que la intensidad de la experiencia vital prolonga la de sus textos. El empeño de Cortázar por expulsar de su concepción del mundo todo rastro de convencionalidad se expande minuciosamente por todo lo que toca. Tanto es así, que inadvertidamente ese empeño deja de serlo para convertirse en un modo natural de percepción y codificación de la realidad en cualquiera de sus planos. No importa que esté hablando de la importancia del proceso nicaragüense en el mapa político latinoamericano, de los motivos y la dinámica de su matrimonio o de la obra de Carlos Fuentes; no importa que su interlocutor sea el omnipresente Paco Porrúa, un auditorio de la Unesco o el afortunado Soler Serrano por cuyo estudio televisivo

pasaron los grandes nombres de nuestra lengua; lo profundamente político de Cortázar es el modo en que se reserva el derecho a la singularidad. Conocemos su predilección por el género fantástico, su deuda con el surrealismo, su virtuosismo para la estilización, su ingenio léxico, sus experimentos con el significante, sus malabares en torno a los neologismos, su devoción interdisciplinaria y la extensa retahíla de recursos que vuelven deslumbrantes las páginas que componen su obra. A la luz de su documentada cotidianeidad y desde una perspectiva ampliada, todos esos artificios son las infinitas variaciones de un único movimiento primario y constitutivo, un movimiento que hace de lo nimio algo capaz de modificar la imagen del mundo, ese movimiento inconfundible que en las primeras décadas del siglo pasado Víktor Shklovski circunscribió a lo específicamente literario pero que Cortázar, tiempo después y desafiando los límites de la autonomía del arte, adoptó como manera de estar en el mundo, ese movimiento cuyo mejor nombre sigue siendo el de desautomatización.

En un ensayo de 2007, el escritor argentino Fabián Casas revisa, desde el presente, el lugar de Cortázar en la literatura. Sus expresiones son menos las de un crítico que las de un escritor que luego de negarlo tres veces lo redescubre ingenuo y noble: “Cortázar tiene razón. Quiero que vuelva. Que volvamos a tener escritores como él: certeros, comprometidos, hermosos, siempre jóvenes, cultos, generosos, bocones. No esta vulgar indiferencia, esta pasión por la banalidad” (*Ensayos bonsai*. Buenos Aires: Emecé, 12-13). Una entre tantas, la frase de Casas toca de cerca el efecto que produce *Julio Cortázar de la A a la Z* y nos tienta a añadir que si Cortázar es algo más que un nombre que vuelve del pasado para mostrarnos lo que felizmente tuvimos y ya no tenemos, este libro, como una elegía sin tristeza, lo pone ante nosotros nuevamente de manera plena. Si hubiera un universo Cortázar, las páginas de este libro bien podrían ser su Aleph.

**Martín Pérez Calarco**  
CONICET- CELEHIS